

Precio en Madrid para los suscritores al Museo por un año. . . 20 rs.
Se suscribe en el Gabinete literario, calle del Principe, Madrid.

No se admiten suscripciones a este periódico solo, sino con el Museo.
REDACCION, C. DE SANTA TERESA, N. 8.

Precio en provincia para los suscritores al Museo, por un año. 24 rs.
Se suscribe en casa de los corresponsales del Estab. de Mellado.

SUMARIO.

ARTÍCULOS. Una ascension al monte Ararathe.—Nada! poema enciclopédico.—Maravillas del arte y de la industria, por don F. F. Vi-llabril.—Constantinopla vista de paso, por don A. de B.—La Huér-fana del Pirineo, novela por don José María de Goizueta.
GRABADOS. Vista de Tiflis, capital de la Georgia.—Constantinopla: calle de Mohammed.—Mezquita Ahmed en la gran plaza del Hipó-dromo en Constantinopla.—Constantinopla: tumba de la sultana Valide.—Calle del Cementerio en Eyoub, barrio de Constantinopla.—Los días de la semana.—Lunes, martes, miércoles, jueves, vier-nes, sábado, domingo.

Una ascension al monte Ararathe.

SEGUN LOS DISEÑOS DE MR. DUBOIS MONTPEREUX.

Y el décimo séptimo día del sép-timo mes el Arca se detuvo en los montes de Ararathe.

Ararathe, tal es el nombre que tres mil años hace daba Moisés en el Génesis á la region donde estaba situada la mon-taña, sobre cuya cúspide creia el pueblo judio que el arca se habia parado el décimo séptimo día del séptimo mes despues del diluvio. Este nombre moderno entonces significaba la cai-

da de Arai, rey armenio, muerto por los babilonios en una sangrienta batalla en los campos de Armenia, setecientos cin-cuenta años antes de la venida de Jesucristo. Antes de este suceso, antes por consecuencia de Moisés, el pais se denomi-naba Massis del nombre de su soberano, el sexto sucesor de Zaphet, y la montaña Massis. Los armenios que la habi-tan no la conocen por otro nombre, y si se les hablase de Ararathe se quedarían en la misma ignorancia que un euro-peo á quien se le preguntase relativamente á Massis.

La montaña llamada Massis en Armenia, y Ararathe en Europa se eleva en la estremidad meridional de una llanura de treinta y cinco millas de latitud y setenta de longitud re-gada por el rio Arais. Se compone propiamente hablando de dos montañas el grande y pequeño Ararathe, el primero al Noroeste, y al Sudoeste el segundo. Sus picos están separa-dos en línea recta cerca de siete millas, pero sus bases por declives insensibles vienen á confundirse en un ancho valle.

El punto culminante del gran Ararathe (39° 44' lat-nort y 61° 54' long-est) tiene 47,260 pies sobre el nivel del mar y 44,320 sobre la llanura del Arais, pudiéndose calcular en 44 millas la longitud de su vertiente Nordeste, y en 20 la del Noroeste. Está coronado de nieves y yelos perpétuos que descienden perpendicularmente dos tercios de milla, ó casi tres millas oblicuamente, y terminan en endentaduras, que va-rian segun las circunstancias del terreno. Del lado del Norte

á la altura de 44,000 pies sobre el nivel del mar hasta su cúspide forman por uno y otro lado una cresta escarpada so-bre la que se elevan un pequeño número de picos, y por el Mediodia se extienden por declives graduales hasta concluir en un nivel algo mas inferior. El pequeño Ararathe (39° 39' lat-nort y 62° 2' long-est) tiene 43,000 pies sobre el nivel del mar y 40,440 sobre la llanura del Arais. A pesar de tan gran-de elevacion está sin nieves en setiembre y octubre, y á ve-ces en julio y agosto. Sus cuevas son mas ásperas que las del grande, su forma casi cónica y las grietas poco profun-das que irradian desde la cima á su base le dan un carácter enteramente particular.

Aunque estas dos montañas parezcan independientes se encadenan no obstante con otras. Al Sudoeste, sus últimas cuevas se pierden en las colinas de Bayazid, y de Diadina donde el Eufrates tiene su nacimiento; y las pendientes No-roeste del gran Ararathe, se agrupan á una cadena erizada de picos cónicos extraordinariamente agudos que guarnece la orilla derecha del Arais.

A creer la tradicion, las reliquias del arca se conservan hasta hoy en la cima del grande Ararathe, y Dios desde el tiempo de Noé ha prohibido á los mortales que puedan flan-quearla. Con este motivo las crónicas armenias, cuentan una leyenda que los armenios creen como en la tradicion. Un dia un monge llamado Santiago, que despues fué patriarca de



Vista de Tiflis, capital de la Georgia.

Nisibin, y á quien se supone contemporáneo y pariente de San Gregorio, resolvió convencerse con sus propios ojos, si era ó no cierto que el arca existía aun en la cúspide de Ararathe. Salió, pues, para emprender la ascension de la montaña, pero cuando comenzaba á costearla cayó en tierra colmado de fatiga, y se durmió profundamente. Apenas despierta, volvió á emprender su marcha, nueva caída y nuevo sopor. Al abrir los ojos se acordó con gran admiración que durante su sueño había sido trasportado al mismo sitio de donde salió. Por tercera vez se reprodujeron los mismos fenómenos. «Dios al fin se apiadó de él, y mientras dormía, un ángel enviado expreso del cielo le habló poco mas ó menos en estos términos. «Todos tus esfuerzos serán inútiles; el Criador lo ha dispuesto así, no trates de desobedecerle. Para recompensar tu celo y satisfacer la curiosidad humana, te doy en nombre del Todopoderoso, este fragmento del arca que he cogido al pasar por la cúspide.» Al despertar Santiago encontró á su lado un pequeño trozo de madera, de color oscuro, cuadrangular, bien conservado, y esculpido en su superficie. Inútil es añadir que renunció á su empresa, y que volvió aceleradamente á su convento con la preciosa reliquia. Este fragmento del arca de Noé es hoy una de las principales riquezas del tesoro secreto del monasterio de Echmiazin.

La tradicion y la leyenda son para los armenios artículos de fé: creen en ellas como en la existencia de Dios. En su opinion la cúspide del Ararathe es inaccesible á los mortales, y por eso los restos del arca se han conservado milagrosamente hasta el dia. Se los subirá por fuerza, se los probará lo contrario, y no darian testimonio á sus ojos, respetando esas creencias no han pensado nunca en ascender, y antes del siglo XIX ninguno de los viajeros que han visitado la Armenia, ya por falta de tiempo, ya por indiferencia, ya por temor de las dificultades, ó finalmente por convicción profunda de que sus tentativas tendrían el mismo éxito que las de Santiago, ha ensayado subir á esta montaña consagrada donde ningun pie humano ha sentado su planta despues del diluvio. Efectivamente la tentativa de Tournefort, de la que únicamente tenemos noticia no puede pasar por una prueba seria. «Aseguramos, dice él, á nuestros guías, que no pasaríamos mas allá de un monton de nieve, que los mostramos con el dedo, y que no parecia muy grande; pero al llegar nos encontramos con mas de lo que era preciso para enfiarnos, porque el monton tenia mas de 30 pies de diámetro. Cada uno de nosotros comió de la nieve cuanta quiso y de comun asentimiento resolvimos no pasar adelante, bajamos, pues, con un vigor admirable, contentos con haber llenado nuestros deseos, y no quedarnos otra cosa que hacer mas que darle vuelta á nuestro monasterio.» Despues añade. «Nos dejamos resbalar de espaldas mas de una hora sobre el verde tapiz, y así ganábamos agradablemente mas terreno que caminando en pie, y cuando las piedras comenzaban á magullarnos nos volvimos para continuar á gatas.» ¿Un viajero prudente podia escribir cosas por este estilo? Era digno de llegar á la cúspide del gran Ararathe un hombre que en su relacion declaraba que la montaña era uno de los objetos mas espantosos y desagradables que habia en la superficie de la tierra?

Un pachá de Bayazid, el padre y predecesor del actual Mahammed Bahahaluhl, resolvió un dia, (es cierto) asegurarse con sus propios ojos, si la cima del monte era ó no accesible á los mortales, y no solo pensó por si mismo resolver el problema, sino que ofreció una suma considerable al que le diera la solucion. El pachá no pasó los límites que pudiera franquear un buen caballo persa, ni el cebo de la ganancia tentó á ninguno de sus súbditos. Los persas quieren mucho el calor, el reposo y su bienestar, y no piensan jamás ni por curiosidad, ni por interés de la ciencia, elevarse á la altura de las nieves constantes. El ensayo desgraciado del pachá, aparte de todas las creencias religiosas confirmó la opinion generalmente esparcida de la cúspide del Ararathe. Así pues, desde la creacion del mundo hasta estos últimos años ningun ser humano habia visitado este punto elevado del globo donde segun la tradicion cristiana se detuvo el arca de Noé, y donde milagrosamente se conservaban sus reliquias. Pero el doctor Federico Parrot, profesor de fisica en la universidad de Dorpat, probó al mundo científico que la ascension al monte Ararathe estaba permitido y era tan posible como la ascension al Monte-Blanco. Los interesantes detalles que se van á leer están extractados de su relacion publicada en aleman. Mr. el doctor Parrot que habia ya practicado un viaje científico á la Crimea y al Cáucaso, y habia traído en su expedicion el deseo de emprender otra mas grande, queria especialmente estudiar el Ararathe, que habia visto desde lejos al través de una clara de nubes en una tempestad de nieve. Diez y siete años pasaron sin que las circunstancias políticas le permitieran poner en práctica su proyecto. Por fin, la paz de Turkmaushay firmada en 10 de febrero de 1828, entre la Rusia y la Persia, en virtud de la cual se extendian los límites del imperio ruso mas allá del Arais, le proporcionó la ocasion oportuna; y el 11 de abril, concluidos sus preparativos salió de Dorpat acompañado de dos alumnos de la universidad, y de un joven astrónomo de habilidad experimentada que el gobierno ruso mandó incorporar á la expedicion. Antes de ponerse en camino sometió su proyecto á la aprobacion del emperador, y le obtuvo en estos términos: «Que un guia militar de fidelidad experimentada acompañe á la expedicion y quede al servicio de los viajeros hasta su vuelta.»

El 20 de setiembre la expedicion llegó al monasterio de Chiamazin, situado en medio de la llanura del Arais á 35 millas del Ararathe, 3,035 pies sobre el nivel del Mar Negro, y algunas leguas de Erivan. Allí fué bien recibida, y descansando de los trabajos pasados se preparó para los venideros.

El monasterio está hoy como Chardin le diseñó y describió en 1673. El doctor Parrot, que tenia su ánimo absorto en la ascension de la montaña, remite á sus lectores á la relacion de aquel viajero. Se limita solo á rectificar sus errores, y de reparar algunas omisiones relativamente al tesoro sagrado que le enseñaron sus huéspedes. Entre los objetos mas preciosos de este tesoro pone el fragmento del arca, que el ángel trajo á Santiago, la pica con que el soldado romano atravesó el costado del Salvador, las manos de los santos Santiago y Gregorio, la estremidad de uno de los dedos de San Pablo, y un pedazo del cráneo de la virgen y santa Tríp-simia. Un joven diácono del monasterio pedia permiso para acompañar la expedicion, permiso que le concedió Mr. Parrot, con tanto mas gusto cuanto que sabiendo ese joven las

lenguas armenia, persia, rusa y tártara, les serviría de intérprete. Llevaba ademas un guia asalariado y dos voluntarios que le seguirían hasta el pie de la montaña.

La expedicion dejó el monasterio á las diez de la mañana, y se dirigió al Sud del Arais por una llanura en parte inculta, en parte cultivada, cubierta toda de pastos y yerbas. En cuanto á mí, dice el doctor Parrot, mis ojos y mis pensamientos se elevaban sin cesar á la brillante y magestuosa montaña que teníamos delante. Mi ánimo sobrecogido, se estasiaba con su presencia, con su esplendor, con su grandeza, con su elevacion, y mi corazón lleno de una alegría indescriptible daba las gracias á Aquel que me habia permitido gozar de tan bello espectáculo. En la noche del mismo dia se acampó al otro lado del Arais, vadeándole por las orillas de un pequeño arroyuelo llamado Agua Negra y bien digno por cierto de tal nombre. Al dia siguiente á las once de la mañana tocamos en la aldea de Armenia de Arguri, la única que hay en el monte Ararathe. En esta aldea fué donde Noé, descendiendo de la cima, con sus hijos, erigió un altar al Eterno, y sacrificó de toda especie de animales y aves puras, ofreciendo con ellas holocausto al Señor. Allí fué tambien donde Noé plantó la primera viña. El nombre de esta aldea, se presta bien á la antigüedad de la tradicion, puesto que Arghanel, en Armenia significa plantar, argh, es planta y urri viña.

¡NADA! (1)

Poema enciclopédico.

INVOCACION.

I.

Siente mi corazón en su aposento una especie de métrica postema; y quiero dar salida al pensamiento y ha de ser en los cantos de un poema. Grande mi corazón y mi talento, grande el asunto que elegí por tema, haré que escuchen mis cantares, juntos no nacidos, vivientes y difuntos.

II.

Allá en la plenitud impenetrable de los tiempos... mas punto; porque advierto que me falta una cosa indispensable. ¡Union incomprensible del desierto! ¡Inspiracion suprema é impalpable! ¡Espíritu inmortal, que nunca ha muerto! deja la estéril soledad desnuda, dame tu aliento, tu vigor, tu ayuda.

III.

Como la hinchada nube en el verano, que al brillo sordo de los rayos truena y cubriendo de lluvia monte y llano los confundidos horizontes llenos, así tambien tu impulso soberano abra el raudal de mi fecunda vena, y ablanden á mi voz sus pechos duros pasados y presentes y futuros.

IV.

Dame el ronco rumor con que se agita la mar en sus profundos oleages, el bramido del torrente que se irrita, los gritos de las águilas salvajes, el son con que el arroyo precipita sus ondas de esmeraldas y de encages; la voz del viento en las agrestes cañas, el trueno del volcan en las montañas.

V.

Dame, que el velo del silencio rompa mi voz y cumpla los secretos fines, del órgano inmortal la augusta pompa mezclada con los cantos de maitines, dame de Homero la robusta trompa, de Pindaro y Herrera los clarines; y porque nada falte y nada sobre lirras de oro y el laud de cobre.

VI.

Ya siento en mis entrañas palpitantes de tu fecunda bendicion el fruto; los siglos á mis ojos son instantes miseria el hombre, la alegría luto. A la luz de tus rayos incesantes vision sagrada, rendiré en tributo risas, suspiros, maldiciones, llantos de este poema en los sublimes cantos.

CANTO PRIMERO.

I.

Allá en la plenitud (iba diciendo) de los tiempos sin peso y sin medida; cuando los mundos que mirais, no siendo,

(1) A la complacencia del señor don José Selgas y Carrasco, cuyas lindísimas poesías publicadas con el título de *La Primavera*, le colocaron de un golpe en el número de nuestros poetas mas distinguidos, debemos los siguientes fragmentos de un poema que á la sazón escribe, y el cual, tanto por su índole verdaderamente literaria, como por sus chistes y por su intencion tal vez, á pesar de hallarse oculta con una agradable ligereza, está destinado en nuestro concepto, al llamar muy justamente la atencion.

eran nada en la nada confundida. Cosa que yo os esplico y que no entiendo, espacios sin entrada ni salida, sin límites... ¡La nada! hermanos míos, sucesion de vacíos y vacíos.

II.

Miro que cada cual su juicio labra buscando lo infinito de la idea en la breve estension de la palabra; y como es natural que menos vea aquel que por ver mas los ojos abra; porque palpable y comprensible sea, á todos clara y comprensible á todos, os la voy á esplicar de varios modos.

III.

Nada, segun los calculos mejores basados en el tiempo y en la ciencia, nada, segun diversos escritores llenos de santidad y de experiencia nada, segun predicán los doctores, nada, segun nos dice la conciencia, es, en suma de datos verdaderos, una perpétua sucesion de ceros.

IV.

Si acaso no entendeis la algaravia de la esquisita ciencia del guarismo, ahí está la ideal filosofia, y aquí teneis de muestra un silogismo. «La sustancia in principio erat vacia. Sustantia vel esentia son lo mismo. Si la esentia non fuit consustanciada; ergo probatum est, la nada es nada.»

V.

Pero si sois de entendimiento romo conmigo discurreid y estadme fijos: Manuela y Juan se casan (no sé como) y aunque no son entramos muy prolijos en el sexto... capítulo del tomo, se mueren á la par sin tener hijos; pues la nada patente se os revela en los hijos de Juan y de Manuela.

VI.

.....

Maravillas del arte y de la industria.

II.

LOS ALCAZARES.

La palabra *Alcázar* es de origen árabe y su significacion parece que equivale á la de palacio-ciudadela, porque en los tiempos en que los alcázares se construian, las habitaciones de los monarcas y poderosos tenían que estar fortificadas, como espuestas con frecuencia á las invasiones de los enemigos. No eran los alcázares unas verdaderas fortalezas militares, como los castillos destinados á la defensa del pais; pero si eran unas casas fuertes en las que ademas de la seguridad, se cuidaba del ornato conveniente á las personas que habian de habitar en ellas, y en las que por lo tanto se apuraban todos los primores del arte en la edad media. Estos palacios fortificados no solian tener el foso y puente levadizo como los castillos; pero si era característico en ellos el gran torreón del centro, símbolo del dominio feudal y llamado por esta causa torre del Homenaje.

Muchas y muy pintorescas ruinas se conservan en toda Europa de los antiguos alcázares de la edad media, y algunas poblaciones de España, Portugal y Africa tienen el nombre de *Alcázar*, exista ó no exista en ellas vestigio de semejantes edificios. En Madrid mismo hubo su antiguo alcázar, que ya figuró en los tiempos de la conquista, que sirvió de habitación á varios reyes, y que convertido en palacio real por don Felipe II, vino á perecer en un terrible incendio en el año de 1734 y cuando ya reinaba don Felipe V, para que de resultados de esta desgracia se pensase ya en edificar el nuevo real palacio que hoy subsiste. Pero sin fijar la atencion en los alcázares de que solo quedan recuerdos, se conservan todavia en España tres edificios de esta clase que pueden dar muy bien idea de la arrogancia de su construccion, y de la importancia que en otro tiempo tuvieron, y estos tres alcázares son el de Sevilla, el de Segovia y el de Toledo.

El alcázar de Sevilla, rico monumento de arquitectura árabe, data desde los primitivos tiempos de la invasion, pues se cree construido por Abdalasis, hijo de Muza; pero en este como en otros alcázares, el edificio que en el dia subsiste no es de ningun modo el primitivo, sino el que ha resultado de reedificaciones y reparos posteriores. Por fortuna en el alcázar de Sevilla siempre ha habido cuidado de conservar el tipo de la primitiva arquitectura, y en esto tuvo mucho esmero el rey don Pedro I de Castilla, llamado el *Cruel*, que residió por algun tiempo en el alcázar y que tuvo en él empleados á diligentes operarios desde el año de 1353 hasta el de 1364. La fachada es caprichosa y original por el artesonado en que termina la portada. Los artesonados de los salones del interior, tambien son únicos en su género, aunque hayan perdido los vivos colores y los filetes de oro que los adornaban. Los arcos calados del patio, los frisos y fajas con labores y cifras de estuco y las variadas labores de los azulejos embutidos en las paredes de los salones, son todas obras admirables y de un mérito incontestable, no tan solo por la ejecucion, sino por ser los escasos restos que nos quedan de una arquitectu-

ra de un género particular y que ya no volverá á reproducirse.

Una de las joyas atrísticas de España es el alcázar de Segovia, grandioso monumento histórico de que el cuerpo de artillería nos ha presentado un modelo en las últimas funciones celebradas con motivo de la primera salida en público de S. M. la Reina, después de su restablecimiento y de la presentación de su augusta hija en el templo. Se concibe la preferencia dada por los artilleros á la representación de este alcázar, al saberse que hace años se halla establecido en él y en estado próspero, el colegio de cadetes del cuerpo de artillería, y es de lamentar que la violencia del viento haya impedido disfrutar por mas tiempo de la vista exacta y casi en sus naturales proporciones, de un edificio único en su clase y que sería un monumento precioso para la historia del arte si conservase puro el tipo de su primitiva arquitectura árabe, sin mezcla de la gótica y greco romana.

La importancia histórica del alcázar de Segovia, data desde los tiempos de Abd-el-Rahaman III, califa de Córdoba, que hizo de él un verdadero castillo inexpugnable, aprovechando una hermosa posición á la estremidad occidental del cerro sobre que está fundada la antiquísima Segovia y en la parte en que la Peña tajada está todavía defendida en el fondo del valle por la confluencia del río Eresma y del arroyo Clamores. El rey don Alfonso el VI le reedificó en el año de 1075, conservando siempre el tipo de la rica y esbelta arquitectura árabe, y desde entonces ha sido habitación de muchos reyes, particularmente de don Juan II, que dió nombre á la gran torre del Homenaje, desde cuya elevada plataforma se disfruta la vista pintoresca de Segovia con sus vetustas y ennegrecidas murallas, de los arrabales, y de los huertos y alamedas que coronan la ribera.

Si se fija la atención en el mismo edificio, apenas hay en él parte alguna que no sirva de recuerdo. Allí se defendieron los partidarios de don Pedro el Cruel contra los de don Enrique de Trastámara, y los imperiales contra los comuneros de Castilla. De allí salió con gran pompa doña Isabel la Católica para ser proclamada reina de Castilla. Allí se ve el elevado pabellón donde cayó el rayo que puso en peligro la vida de don Alonso el Sabio; mas allá las piezas donde estuvieron depositados los tesoros de varios reyes; la prisión de Ripperdá, la del flamenco Montigni y la ventana por donde quiso escaparse ayudado de sus paisanos, y también la alta ventana desde donde, es tradición popular, cayó despeñado el infante don Pedro, hijo de Enrique II, por descuido del aya que le cuidaba, la que quiso espiar con su vida tamaño descuido, arrojándose en pos del infante. El ornato del interior corresponde á la magnificencia del edificio, y son ya muy raros los artesanos que molduras y esmaltes tan bien conservados como los de este alcázar. Son notables la pieza llamada de la Galera y la de el Cordon ó tocador de la reina. Por bajo de las cornisas hay inscripciones arábigas, con los nombres de los artistas que ejecutaron aquellos trabajos, y sobre la cornisa del salón principal y con sus correspondientes inscripciones debajo, se representan de escultura al tamaño natural las efigies de los reyes y reinas de Oviedo, de Leon y de Castilla, del Cid Campeador y de otros no menos célebres personajes.

Es una bella y magnífica ciudad la ciudad de Toledo, con sus templos magestuosos, su río, sus puentes y sus torres, especialmente la de la catedral, que sube en los aires tan graciosa y tan ligera. La catedral primada es la joya de la ciudad, y la antigua capital de la España está tan envaneada con su catedral, como la orgullosa Sevilla lo está con su Giralda. Penetra el viajero en lo interior y se queda profundamente admirado á vista de aquellas largas galerías, de aquellos grupos de delicadas columnas que sostienen las altísimas bóvedas; avanza respetuosamente hasta el medio del templo, hasta el centro de los dos coros, y allí es acometido de un santo respeto, al verse enfrente de reliquias venerables y de sepulcros que encierran cenizas de héroes.

Pero si saliendo de la catedral, y siguiendo las estrechas y tortuosas calles de la antigua ciudad, se encamina hacia su Alcazar, se detendrá un instante á vista de sus cuatro fachadas de muy diversa arquitectura, de sus cuatro torres angulares, y de su portada principal tan espléndidamente enriquecida. Aun no hace mucho tiempo que yo penetré en su recinto, y entonces el paisaje que se desarrolló delante de mí tenía tal atractivo, que era un verdadero placer solamente el mirarle. Jamás soledad alguna me había parecido mas poética y mas inspiradora. Allí en otro tiempo había habido vida y movimiento. El pórtico en que yo me hallaba y las galerías que se cruzaban en varios ramales delante de mí, indicaban bastante que aquel sitio tan solitario en que yo me encontraba, había sido animado en otro tiempo por los vencedores del moro, por el Cid y los monarcas castellanos; frecuentado por los héroes de ambos mundos y los magnates españoles; disensiones domésticas, querellas amorosas, contiendas civiles se habían ventilado allí en tiempo de las comunidades, y en otras épocas de nuestra historia. Aquel edificio fundado por don Alonso VIII, reparado y engrandecido por los reyes sus sucesores hasta Carlos V, había sido patrimonio del godo, del antiguo castellano, ya del árabe, ya del dominio feudal, ya del pueblo que lo conquistó á viva fuerza. ¡Mucha sangre había corrido por aquel terreno, cubierto ahora de césped apacible!

Hoy día este edificio se halla destituido de su antigua gloria desde que fué destruido en la época de los franceses. La guerra de la Independencia estendió su destructora segur, sobre muchas de nuestras grandezas nacionales, y entre ellas, no cupo la mas pequeña parte al antiguo Alcázar de Toledo. Techos, artesonados, arabescos, regios salones, laboreadas puertas, ya de finas maderas, ya cubiertas de nlan-chas de hierro, rejas, ventanas, todo, todo ha desaparecido. La mayor parte del edificio se halla al descubierto, y los antiguos paredones, á pesar de su solidez, van cediendo á las inclemencias del tiempo. Lo ruinoso de algunos sitios impide el atravesarlos sin temeridad, y solo aun se conservan en buen estado, las dilatadas bóvedas subterráneas, frescas y con algíves casi cegados. Consérvanse también las escaleras de los ángulos, de tan rara construcción, que á un mismo tiempo permiten subir y bajar dos personas por cualquiera de ellas sin que se encuentren, ni se vean, ni se conciba tampoco á primera vista su disposición, y como sus ramales están enfilados en un mismo eje central, girando los ramales encajonados uno dentro de otro, y yendo á desembocar en sitios muy distantes entre sí.

Enfrente del sitio que yo ocupaba, y sobre una pequeña gradería, se elevaban los restos de la capilla y magnífica escalera, privada de su balaustrada y alta cúpula; pero no de sus escalones de losas de granito de diez y nueve pies de largo. Esta suntuosa escalera recordaba á Carlos I, que era emperador, cuando subía y bajaba por ella. Muchas de sus pilastras corintias campean admirablemente sobre fondo de ladrillo encarnado, y sostienen aun parte del friso y la cornisa; otras, mas particularmente en la columnata del patio principal, habían sido truncadas por los siglos y salían de entre la yerba, como pies de árbol que la sierra ó el hacha hubiesen cortado á poca distancia de tierra. Por entre estas columnas, allá á lo lejos y por el claro de algunas ventanas, se divisaban los remates de algunos edificios de la ciudad, á la que el Alcázar domina completamente, y sobre las piedras cuadradas del antiguo edificio venían á reposar algunos pajarillos que anidaban allí cual pudieran hacerlo en floridos arbustos.

Bajo el cielo del Norte los antiguos monumentos se revisiten de musgos y de líquenes grises que aumentan su vetusto aspecto, pero en nuestro país meridional, no sucede así; el viento los acaricia y no los destruye. Era preciso ver cuan embellecidas estaban estas ruinas por los rayos del sol. Era un verdadero adorno su tinta dorada esparcida sobre ellas.

F. F. VILLABRILLE.

Constantinopla vista de paso.

Si le fuera dable al viajero que solo va una vez á aquellos sitios el disponer á su antojo la época y hora de su llegada á Constantinopla, yo le aconsejaría doblase la punta del Serrallo en los momentos de la salida del sol en un hermoso día de mayo, ó mejor aun llegar por la noche, á la claridad de la luna, durante las fiestas del Ramazan.

Este espectáculo, para decirlo de una vez, es tan hermoso, que es preciso verle en todas las horas y épocas del año para gozar completamente del placer que procura una larga permanencia en aquellos encantadores parajes. Pero hoy solo tratamos de reproducir la viva impresión que causa la primera vista de aquella ciudad que un poeta francés ha caracterizado tan perfectamente diciendo que allí acaba la Europa y empieza el Asia.

Al desembocar la Propontada ó mar de Mármara, aparece la triple ciudad de Constantinopla: *Stamboul, Scutari y Galata*. El buque avanza repeliendo con trabajo las corrientes de la costa de Europa. Ya sobre la izquierda entre una neblina morada aparece el castillo de las Siete-Torres, esa bastilla de los sultanes, luego los arrabales y las tan pintorescas murallas que se sumergen en el mar, y sobre todo esto las almenas desde las cuales se distinguen los edificios, los árboles, las cúpulas y los minaretes.

De allí á poco seguimos al pie de los muros del Seraí, ese palacio misterioso, célebre en la historia y tan dramático de los emperadores turcos; te tro de placeres, de voluptuosidades y de sangrientas intrigas. Desde lo alto de aquellos terrados que la espesa capa de verdura que cubre sus bordes parece disminuir su elevación. ¡Cuántas víctimas de la política otomana han sido precipitadas en las ondas!

A la derecha, sobre la costa de Asia, se descubre Scutari, la antigua Chrysopolis, la ciudad de oro, vasto depósito de las mercaderías que las principales ciudades del Asia Menor dirige á la capital. Un faro colocado sobre una roca aislada, que los turcos llaman *Kiz-Kouleci, Torre de la hija*, se alza sobre las olas. En frente, el Bósforo con las risueñas aldeas y graciosos kioscos que pueblan sus orillas huye serpenteando; pero deslicémonos aun algunos momentos sobre aquellas aguas de azul jaspeadas de oro, y entraremos en aquel puerto maravilloso atestado de barcos de todos los países; verdadero bosque de mástiles sobre cuya izquierda se prolongan, en admirable perspectiva las onduladas líneas de Stamboul con su profusión de mezquitas y de elegantes minaretes, de jardines y de palacios.

Apenas se paran las ruedas del vapor, una nube de lanchas trata de tomarla por asalto; son oficiosos encargados que os ofrecen targetas de fondas ó posadas, y que, sin aguardar contestación, se disputan ya vuestro equipaje y vuestra persona; plaga que empieza para el viajero desde que ha penetrado en los países meridionales.

Para desembarcar, subir la montaña de Pera é instalarse en la fonda se necesita cerca de una hora. Si viajais por diversion solo, esto es, si tratáis de permanecer quince días para verlo todo sin comprender nada, y poder hablar luego de la misma manera de los países recorridos, ireis á habitar cualquier posada; pero si sois artista, es decir, si quereis ver concienzudamente y reproducir lo mismo que bayais visto, tratad de buscar habitación en una casa particular, que hallareis fácilmente, y así evitareis el gasto superfluo y el ruido insoportable de las moradas comunes.

Lo primero que trata de hacer todo el que llega á Constantinopla es ir al bazar; lo demás se ve al paso; porque si permanece poco tiempo necesita lo primero proveerse de batas, de pantuflas, de pastillas del serrallo, de esencias de rosa y de jazmin, cosas todas de un interés de distinto género, como puede conocerse, que el que ofrecen los admirables monumentos de la ciudad. Sigamos pues á la multitud, obedeciendo á aquel impulso general, porque como el título de nuestro artículo indica, solo tratamos de reproducir las impresiones de la primer ojeada.

Bajando de Pera, único barrio donde pueden habitar los franceses, se embarca en uno de los muelles de Galata para atravesar el puerto. Una multitud de kaiks, apiñados unos contra otros, aguardan á los pasajeros; pero es preciso tener cuidado al desembarcar porque los *kaidjis* son burlones y los kaiks traidores. Si saltáis con fuerza, si no os colocáis con ligereza bien en medio, estas lanchas terribles se vuelcan como si fueran una cáscara de nuez y vais á parar al fondo del Bósforo; dichosamente está el agua tan clara y tibia al mismo tiempo que los barqueros os pescan, por decirlo así, con suma facilidad y todo se reduce á haber tomado un baño un tanto ridículo y á tener que mudarse de ropa.

Dos minutos bastan para atravesar el puerto, á pesar del gran número de kaiks que se cruzan y tropiezan á cada paso unos con otros. Gran cantidad de gaviotas blancas posadas

sobre las lanchas, nadando sobre las aguas, ó revoloteando en los aires, animan con sus alegres chillidos aquel brillante paisaje. Al saltar en la orilla opuesta, arrojan por precio de vuestro pasaje, media piastra (unos cuatro cuartos) al fondo de la lancha, bien vayais solo ó con mas pasajeros. Lo mas frecuente es desembarcar en el muelle de *Balik-bazar*, el bazar de los pescados y de las frutas, uno de los principales y mejor surtidos mercados de Constantinopla. La muchedumbre circula por allí en todas direcciones, y sin un dragoman os costaría trabajo salir de aquel laberinto.

Cierto día pasaba yo muy preocupado, mirando mas bien las tiendas y los trages que el terreno por donde transitaba, cuando tropezé con el pie en un cuerpo tendido... Era el cadáver decapitado de un joven armenio que, de católico, habiéndose hecho mahometano, con el objeto interesado de obtener un derecho reservado á los creyentes, habia abjurado de nuevo este culto por remordimientos de conciencia, para volver á la religion de sus padres. A despecho de los tratados con Francia, los *ulemas*, jueces y gefes de la religion, le hicieron cortar la cabeza, y su cuerpo, ignominiosamente arrojado en el arroyo, vestido aun con el traje francés, la cabeza colocada de una manera ridícula entre sus piernas, permaneció allí tres días espuesto á los insultos y destrozado por los perros salvajes. Horroroso espectáculo, que á pesar de las reclamaciones de los embajadores franceses, se renueva constantemente.

Baghtché-Kapoussi, puerta por donde se pasa para entrar en la ciudad, está junto al patio de la mezquita de *Yeni ósultana Valide*. Bella á la vez que pintoresca, sus fachadas, sus puertas y su patio interior merecen un serio examen. Menos el santuario, un cristiano puede visitarlo todo libremente. Aquel patio es un bazar donde acampan á la sombra de los mas hermosos plátanos y al lado de saltadoras fuentes los mercaderes de perfumes y de rosarios. Delicioso lugar lleno de encanto y poesia á donde se va continuamente á admirar y á buscar reposo. Pero caminemos aprisa; nos dirigimos al gran bazar y nos falta hoy el tiempo para describir aquellas maravillas que aparecen á nuestra vista como cambios ópticos de una escena fantástica.

Atravesamos la elevada y curiosa galería de tanta variedad de colores, donde se respira un perfume tan fuerte de clavo, de pimienta, de canela y de mil géneros de la India y del Egipto, que se experimenta allí cierta especie de embriaguez. La calle, cuya pendiente subimos, está llena de toda clase de tiendas; confiterías, pastelerías, fondas, adornadas de esculturas y hermosos cuadros, con sus cobertizos de hierro para mitigar los ardores del sol. Luego aparecen los quincalleros, los judíos, vendedores como en todas partes de mil cosas indescriptibles, torneros que preparan largos tubos de pipas en maderas de cerezo ó jazmin. Venden también esas boquillas de ambar tan buscadas por los turcos, cuyos precios varían esencialmente según que el color es oscuro y desigual ó amarillo almonado sin transparencia ninguna. Si una boquilla de ambar de la primera especie vale cincuenta francos, por ejemplo, una de la segunda de igual tamaño podrá apreciarla en quinientos un inteligente. Todos estos artesanos-mercaderes establecidos en sus tiendas abiertas, trabajan con lentitud distraídos por el movimiento de la calle y sentados muy á sus anchas unos con las piernas cruzadas y otros en blandos cogines. En este país donde se disfruta un clima tan hermoso, es muy dulce gozar de la sombra mientras que un sol abrasador prodiga por do quiera la animación y la fuerza; allí cuestan muy poco los ligeros trages que por necesidad se gastan, y apenas los destruyen las intemperies de las estaciones; allí bastan para el alimento los frutos que sin gran trabajo produce la tierra; allí no existen las preocupaciones del fuego, de una habitación cómoda, ni de otras mil necesidades de los tristes y frios países del Norte; allí, en fin, algunas horas empleadas con moderación proporcionan mas de lo necesario. Aquel es un país en donde las cuestiones sociales se simplifican sobremanera, y por mejor decir no existen, encargándose la Providencia de resolverlas, por ser tarea imposible al hombre á quien no le es dado hacer bonancible un cielo crudo, pródigo una tierra avara, é impedir fatales desigualdades, origen de tantos malos pensamientos, y de tantas acciones culpables. Pero apartemos de nuestra imaginación estas tristes ideas del Occidente para volver á nuestros mercaderes de Constantinopla. Sus tiendas están levantadas cerca de dos pies sobre el nivel de la calle, de modo que el transeunte que se detiene para comprar se sienta negligentemente en el escalón. La calle sigue cuesta arriba siempre desigual y llena de perros, que solo se levantan para morder al *ginour*, y perseguir el trage europeo al que tienen un horror profundo. Estos perros que nacen y mueren en la calle son de todos y de nadie, se mantienen con las basuras que vierten de las tiendas y sirven para mantener limpias las calles: son los empresarios de la limpieza de la ciudad. Tan horrible alimento produce en ellos enfermedades de la piel que les pone asquerosos. El extranjero no debe arriesgarse á salir de noche sin ir provisto de un baston grueso, cuya arma es suficiente, porque aquellos animales son cobardes á pesar de su número y de su feroz aspecto. Viviendo en tan vasta sociedad han debido formarse leyes que obedecen escrupulosamente. Cada tribu tiene su limite en la calle, el cual no traspasa nunca; si un joven ignorante infringe la ley es acosado sin piedad por los demás y nosotros hemos presenciado mas de una vez estos castigos que obligan al culpable estraviado de su domicilio legal, á arrojarle al agua, sin que se le permita siquiera volver atrás. Obsérvese, pues, que no han llegado aun á ese grado de civilización que les permitirá mas tarde sin duda vivir en comun y partir como hermanos los beneficios de la calle.

Un perfume de rosa, de azmizle y de sándalo nos anuncia la inmediatez del bazar, y no se tarda en penetrar bajo sus sombrías y frescas bóvedas: pasando desde la luz y el calor se experimenta un contraste algo brusco contra el cual es preciso prevenirse. El sitio mas interesante de aquel dédalo en el que las galerías se cruzan en todas direcciones es sin disputa el *besestín*, que es por decirlo así donde tienen su residencia los comisarios que hacen las ventas judiciales; las armas viejas, los muebles antiguos, y las antigüedades de todas clases se venden allí á pública subasta; y si el extranjero que permanece poco tiempo quiere formarse una idea de aquel movi-

miento pintoresco, todo oriental, necesita detenerse y sentarse en la tienda de uno de aquellos mercaderes, que ante todo se apresuran a ofrecerle la pipa y el café. El pintor ó el escritor emplearán útilmente un par de horas que pasen allí en observación. Todas las riquezas del Asia, del Africa y de Europa, todo el lujo y gustos tan peculiar de Oriente se hallan amontonados en aquellos bazares inmensos para incitar á los mas indiferentes.

Parecia increíble, segun las ideas generalmente acreditadas en Europa, hasta qué punto llega el sentimiento de la moralidad en el pueblo turco. Justo, honrado y caritativo es incapaz de un acto de improvidencia. Si un mercader del bazar, por ejemplo, se ausenta á fin de ir á la mezquita, al baño ó á sus negocios, se contenta con poner delante de su tienda enteramente abierta, una simple cuerda para indicar que ha salido, y á pesar de esta tan grande confianza los robos son en extremo raros.

Su convicción profunda en la superioridad de su religion, aquel sentimiento de respeto hacia la antigua tradicion, que parece el carácter dominante de los orientales, les hace en verdad intolerantes con los cristianos, sobre todo en Constantinopla, en donde los sacerdotes viendo decaer su influencia á causa de las innovaciones que los gobernantes estraviados por el contacto europeo, tratan de introducir en su pais, para su mejora segun unos, y para su ruina segun otros, innovaciones, la mayor parte por cierto que redundan en perjuicio del extranjero.

Al ponerse el sol se cierran todas las puertas de los bazares, estando prohibidos despues de aquella hora el fuego y la luz por temor de los incendios. Por esta razon, los edificios sólidamente contruidos, son los únicos que están al abrigo de aquel azote que arrasa toda la ciudad incesantemente.

Del bazar llegamos á la puerta de la mezquita de *Bajazet II*, situada en el ángulo de la gran plaza del *Seraskier* (gran visir), en donde durante los tres dias del *Beyran* es el gran paseo de Constantinopla. Nada mas gracioso que el patio de aquella mezquita con sus hermosas columnas de mármol verde y rojo, sus elegantes puertas, su fuente, los árboles que la cubren, y sus nubes de palomas que, segun una fundacion del sultan, se alimentan allí con el grano que las mugeres y los niños al pasar sacan de una arca colocada á propósito en aquel sitio, y arrojan constantemente. Es hasta difícil abrirse paso entre aquella poblacion alada.

Todas las mezquitas de Constantinopla y las *Turbé* ó tumbas que las rodean son del mayor interés, así por los pormenores del arte como por la sensacion pintoresca que causa. Contentáremos en este rápido paseo con visitar las tres mas interesantes. Pasando de la mezquita de *Bajazet* á las de *Mohammed*, de *Chah-Zadé* y del sultan *Selin* encontramos fuentes notables, cisternas, cafés y calles pintorescas; una de ellas, cuyo dibujo presentamos, que conduce desde Mohammed á Selin nos ha parecido el tipo mas exacto de las calles de Stambul. Atravesando el Hipódromo, en donde se eleva el obelisco de Constantino y en donde fueron destruidos los genizaros, doblamos la hermosa mezquita de seis minaretes del sultan *Ahmed*. La vista

de una de sus cuatro fachadas hará comprender al lector el estilo elegante de aquellos inmensos edificios, que cercan un vasto patio rodeado de murallas, adornado aun con fuentes y añejos plátanos. Una corta calle nos conduce á la plaza

es informe y no podria adivinarse debajo de aquel tosco exterior la verdadera ligereza aérea de aquella cúpula. Pero penetrando en lo interior conocese que su reputacion no es usurpada. Fundada por Constantino el Grande, Santa Sofia

fué edificada completamente por los arquitectos *Anthemises* é *Isidoro de Mileto* en el reinado de Justiniano. Apóderase del viajero el respeto y el asombro al descubrir la estension de aquel templo sin igual; la vista se pierde antes de llegar á aquella cúpula de una elevacion fabulosa y que por un artificio amirable, parece mas bien estar suspendida como una lámpara en la bóveda del cielo, que descansar sobre la tierra como los edificios humanos. En efecto, apóyase solamente en secciones de cúpulas, una de las cuales corona el santuario, y las otras cubren galerias que comunican entre si por medio de las que sostienen las dos naves á derecha é izquierda. Ocho gigantescas columnas de pórfido y otras noventa y dos de jaspe, de serpentina y diferentes mármoles preciosos sostienen aquel sistema aéreo de cúpulas. Veinte y cuatro ventanas, abiertas en derredor de la cúpula principal y que la destacan aun del edificio, dejan penetrar la luz y producen mas variados efectos que la abertura única que se ve en la cima de las rotondas de la antigua Roma. Detallar las maravillas de los mosaicos, de los capiteles, de las galerias y de las naves exigiria demasiada estension; diremos solo para reasumir el efecto que produce, que Santa Sofia es la obra mas grande del pensamiento religioso. Ningun monumento, ni San Pedro de Roma, ni la cúpula de Milan ó de Venecia, ningun templo de la Grecia, ni las mas hermosas catedrales góticas y del renacimiento pueden entrar en competencia. Este santuario, verdadera casa de Dios, como dice la Escritura, parecia construido así para una como para otra religion con tal de que esta sea la expresion de la sabiduria. Los hombres de todos cultos, turcos ó cristianos, al entrar allí deben sentirse poseidos de la misma impresion de respeto y de temor, porque sus proporciones grandiosas no las alcanza la vista del hombre, pobre hormiga al lado de aquella montaña, conoce su inferioridad y piensa involuntariamente en la tan corta duracion de su fragil existencia.

La mezquita de *Soliman el Magnifico*, mucho mas hermosa en lo exterior con sus patios, sus terrados, sus fuentes y sus corpulentos árboles, es, como todas las mezquitas de Constantinopla, una imitacion de la iglesia de Santa Sofia. Inferior así por sus proporciones como por sus riquezas, difiere aun por la ornamentacion, que es de estilo árabe. Construida en la época de un verdadero renacimiento de las artes, la *Solimania* merece grande atencion, y despues de la catedral debe colocarse sin titubear sobre todas las demas. Su púlpito, sus vidrieras de piedras preciosas, regalo de un shah de Persia, sus esculturas y sus bellas proporciones la constituyen un monumento notable.

Los que, como hemos dicho al principio, solo viajan con el esclusivo objeto de decir: «yo he estado en tal punto», se hallan de acuerdo admirablemente en afirmar que Constantinopla no tiene de hermosa mas que su posicion, y que debian de guardarse de entrar en la ciudad para no per-



Constantinopla: calle de Mohammed.

de Santa Sofia, frente á la gran puerta del *Serrallo*; una fuente, verdadera joya del arte persa, toda de porcelana y mármol, decora esta plaza; pero *Aya-Sophia*, la célebre Santa Sofia (sabiduria santa), atrae principalmente nuestras miradas. Su exterior, flanqueado de contrafuertes y fuertes, que sostienen los muros y la cúpula, que amenazan desplomarse,



Mezquita Ahmed en la gran plaza del Hipódromo en Constantinopla.

der sus ilusiones; porque dicen, las calles son horribles, no hay ningún monumento aislado y solo el conjunto es digno de atención. Es cierto que en *Galata* y en *Pera*, ese barrio franco, poblado de comerciantes existen pocos objetos de arte; pero en cuanto a *Scutari*, *Tophana* y *Stamboul* no dudamos en asegurar que pocas ciudades ofrecen tanto interés bajo todos aspectos.

Pero dejemos esta discusión artística y continuemos nuestra escursión. Como ahora se trata de echar una ojeada sobre los arrabales distantes, montaremos en los caballos que en todas las esquinas aguardan a los transeúntes cansados ó que tienen prisa y reemplazan a nuestros coches de alquiler, sustitución indispensable en un país en que la circulación de los carruges es casi imposible.

Las calles que se alejan de la principal dirección del puente son tristes, inanimadas y de un aspecto casi igual en todas partes. Salimos de la ciudad por la puerta de Andrinópolis, y después de haber lanzado una mirada sobre las triples murallas derruidas que defendían la ciudad por la parte del llano, y admirando el magnífico bosque de cipreses del gran cementerio otomano, bajamos al arrabal de *Eyoub* que cierra el puente de Constantinopla; floresta encantada, llena de misterio, de sombra, de frescura, de melancolía; lugar poético. Por las espaciosas y bien abiertas calles del arrabal de *Eyoub*, por los minaretes dorados y esplendentes cúpulas de sus mezquitas, por la magestuosa sombra del vasto cementerio en medio del cual se eleva el templo mas venerado, la mezquita *Santa* por excelencia, se reconoce perfectamente que aquel lugar es el sitio predilecto de los soberanos de la Gran Puerta. A aquella mezquita de *Eyoub*, en efecto, acuden los sultanes con gran pompa cinco ó seis días después de su advenimiento para hacer consagrar su derecho a la mención especial. El *scheik* de los *Mewlewis*, ó dervises saltadores, le ciñen el sable de Osman con las ceremonias de costumbre en semejantes circunstancias.

La mezquita encierra las cenizas de *San Cyub* (el santo Job) compañero de armas de Osman. Este héroe sucumbió persiguiendo a los turcos: en el primer ataque que las hordas otomanas dirigieron contra Orzancio. Mahomet II habiendo encontrado su cuerpo, le erigió aquella mezquita é hizo colocar en ella estas preciosas reliquias, que desde entonces han sido el objeto de la veneración de los fieles creyentes.

No podría suponerse nada mas hermoso, mas grande y mas pintoresco a la vez que aquel Eliseo colmado de árboles magníficos, de flores, de fuentes, de arroyos y de tumbas de todas formas y de infinitos colores. El adjunto grabado podrá dar una idea de tan pintoresco laberinto; en él se ve un soberbio mausoleo de mármol blanco que sostiene una cúpula descubierta con verjas de hierro de la mas elegante arquitectura, á imitación del de *Validé sultan*, la madre gloriosa de *Selim III*.

Hemos tomado la vista exterior de este cementerio lleno de flores y plantas, para dar un ejemplo del lujo y de la risueña poesía con que los musulmanes revestían la muerte, tan lúgubre entre nosotros. Cerca de este sitio se ve también la tumba de *Hussein-Pachá*, aquel esclavo georgiano que por su rara capacidad llegó a la dignidad de grande almirante. Una de esas fuentes turcas llamadas *zebir* está unida a aquel monumento por una piadosa fundación del difunto, y aparece junto al camino, á fin de que los viajeros fatigados puedan encontrar allí agua siempre fresca, cuyo goce tan apreciado en los países orientales, les recuer-

de al fundador. Encantador y poético modo de atraer sobre su memoria el reconocimiento y las oraciones de los vivos.

Subiendo por un camino pintoresco las alturas de aquel campo santo, se llega hasta dar frente al puerto del *Cuerno de oro*, el cual se abarca desde allí cumplidamente con

vida y el movimiento de las naves, aquel hormigueo de *kaiks* que surcan en todos sentidos la unida superficie de aquel lago azul y trasparente, y se comprenderá que aquel es un cuadro de una animación, de un colorido y de una forma sin ejemplo que cambia con frecuencia y cada vez mas hermoso en cualquiera hora del día ó de la noche.

Antes de retirarnos detengámonos en un baño, medio excelente de descansar de esta larga correría, y de observar al mismo tiempo una de las costumbres mas características de la vida otomana.

Los baños, tan necesarios en Oriente, abundan en Constantinopla. Los pobres, mediante una pequeña retribución, pueden disfrutar de ellos como los ricos, y es uno de los mas ardientes placeres de los habitantes de aquellos países. Estos establecimientos son en general muy hermosos, y uno de los mas antiguos y de estilo mas puro es el de *Solimán*, situado debajo del terrado de la mezquita.

Constantinopla, esta ciudad tan alabada, tiene el dichoso privilegio, para el que sabe verla bien, de traspasar los límites de lo que esperaba con templar. ¡Cuántas cosas nos quedarán que admirar aun en la misma ciudad y en sus cercanías! Esto merecerá tal vez el asunto de otro artículo.

A. DE B.

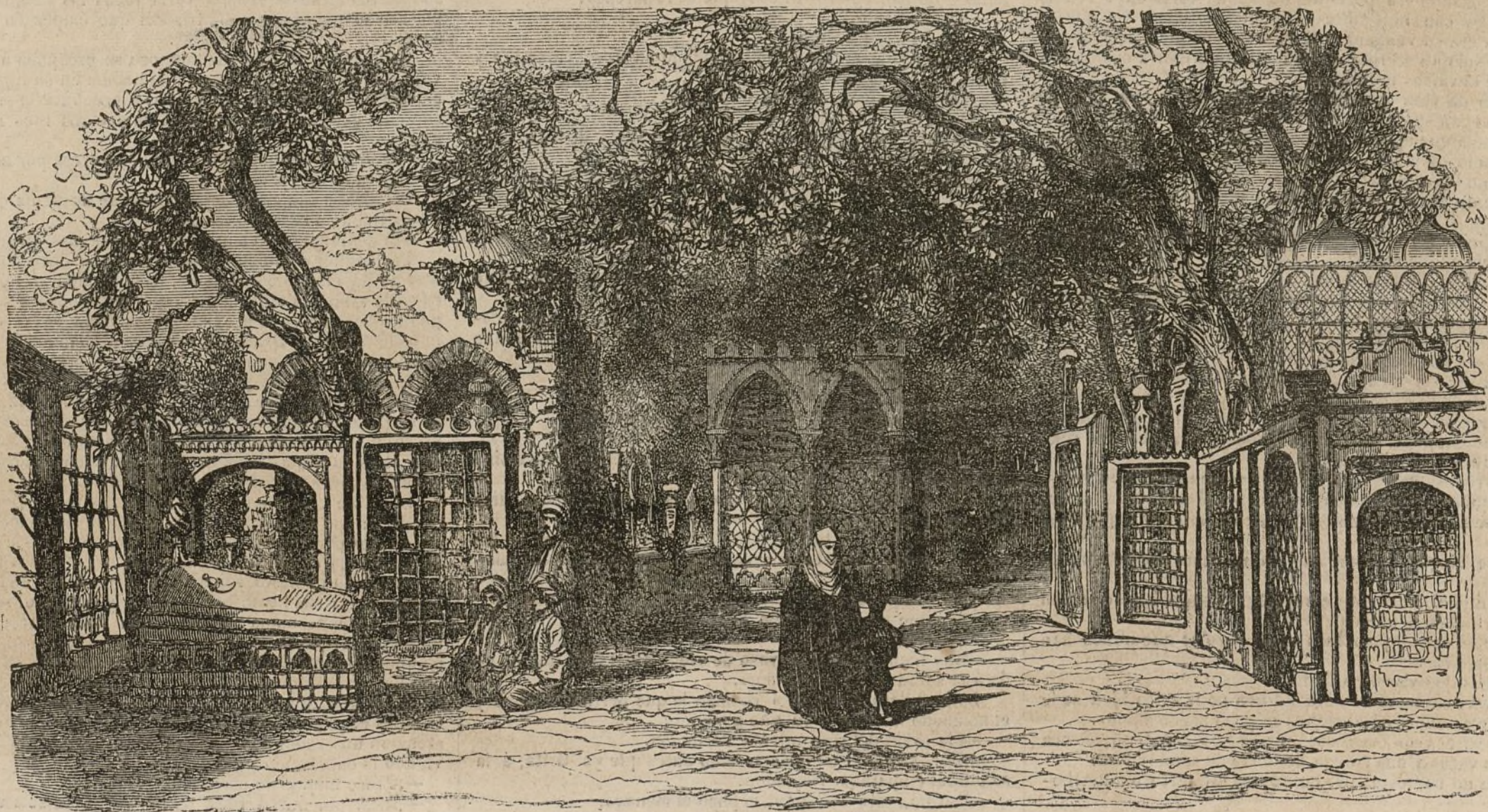


Constantinopla: tumba de la sultana Validé.

una sola mirada. Aquel panorama es el mas espléndido que puede imaginarse, á la derecha se admira toda aquella cordillera de colinas umbrosas llenas de casas de kioskos y de palacios, todas aquellas mezquitas de brillantes cúpulas de minaretes elevados, que se destacan de un modo tan pintoresco sobre el hermoso cielo de Oriente; á la izquierda el arsenal, los arrabales judíos, armenios y cristianos, las masas negras de los cipreses del cementerio de *Pera*; después enfrente la orilla dorada del Asia y detrás las argentadas cimas de las montañas del Olimpo. Añádase á esto la

enfermo en el acto de la admisión una suma estipulada para sufragar los gastos de entierro en caso del fallecimiento. Este extraño abuso no se suprimirá nunca por inhumano que parezca, puesto que los ingleses con su exagerado respeto ante las costumbres sancionadas por una práctica de muchos años, la consideran por decirlo así históricamente autorizada.

El emperador del Brasil ha hecho venir todos los planos y dibujos del teatro de la ópera de Berlín, para mandar construir otro igual en rio Janeiro.



Calle del cementerio en Eyoub, barrio de Constantinopla.

La huérfana del Pirinco (1).

(Continuación.)

CAPITULO VIII.

CUELGA DAMIAN EL SOBREPELLIZ DE MONAGUILLO, Y SE DISPONE A VESTIR EL UNIFORME MILITAR.

Era este muy curioso, según hemos indicado, y por esta razón siempre que veía alguna cosa que él no podía comprender, ponía en juego todos sus recursos de imaginación, promoviendo indiscreciones de parte de otras personas, para por ellas adivinar lo que a él se le ocultaba.

Esto tenía sus inconvenientes; pues por sorprender secretos de otros se dejaba á veces que adivinasen los suyos; bien es verdad que cuando conocía su falta, trataba de enmendarla del mejor modo posible, lo cual conseguía con frecuencia.

También es preciso añadir en su abono, que cuando se le hacían confidencias por completo, tenía la virtud de no revelarlas á nadie, sino veía en ello un provecho marcado para él, y poco ó ningún perjuicio para la persona que le confiaba el secreto.

Felix, era en su concepto un buen cazador á quien quería entrañablemente, pues cada vez que lo encontraba en la montaña, le regalaba alguna de las piezas que había cazado. Pero allá en el fondo de su corazón le conservaba un poco de rencor, porque el joven nunca le había hablado ni acerca de las relaciones que mediaban entre él y Mad. de Bréssens, ni mucho menos aun del motivo por que todas las tardes acompañaba á la hija de Gaspar desde Erraru á la cruz de Izpegui. El rapaz comprendía que aquello no era debido á la casualidad de un encuentro, como se lo decía Felix, y por eso acechó mas de una vez la reunión de ambos amantes, y sorprendió no pocas, oculto entre las matas, las conversaciones de Felix é Inés. Si el cariño que tenía á la hija de Gaspar, cariño que la profesaba desde la niñez sin que él supiese el motivo, no le hubiese atado la lengua de suyo mordaz, no hubieran tardado en saberse en la comarca los coloquios del cazador; pero magüer muchacho, tenía la malicia suficiente para adivinar que cuando se hablaban tan en secreto, era porque no les convenía que nadie supiese sus amores.

Esto en cuanto á Felix: en lo que atañe á Carolina, también había acechado lo bastante para conocer que Mad. de Bréssens no miraba de mal ojo al joven, y en lo que no le cabía duda era, en que mediaban entre los dos relaciones que él ignoraba siendo su intermediario. Esta circunstancia hería en lo mas vivo su amor propio; así es que para vengarse de ambos, ideó mil tretas, que por fortuna de Carolina, ninguna le salió bien; mas no por eso desconfiaba del éxito, pues no dudaba que se le presentaría tarde ó temprano una ocasión favorable la cual se proponía aprovechar.

Pero estos rencorillos eran poca cosa, si se comparan con la invencible antipatía con que miraba al mayordomo German. Su reserva escensiva, su taciturnidad le exasperaban: acechó constantemente, pero en vano: cuando veía luz en la ventana de su aposento, encaramábase silenciosamente por la pared, y cuando descarnados sus dedos por el áspero contacto de los sillares se acercaba al fin al dintel, notaba con rabia que el mayordomo había colocado una cortina delante de los cristales, imposibilitando así el que una mirada curiosa pudiera ver desde fuera sus ocupaciones secretas.

Una vez, al ver Damian que la cortina no estaba corrida del todo, se aventuró á subir por la fachada agarrándose á las grietas como un murciélago; pero apenas le faltaba una vara para conseguir su objeto, cuando se sintió mojado de la cabeza á los pies por una lluvia de agua: cayó al suelo á impulsos de aquel torrente y creyó distinguir una sonora carcajada entre el zumbido que produjo en sus oídos la caída. Desde aquella noche cobró un odio mortal al mayordomo: al menos así se lo decía á cuantos querían escucharlo.

Con estos preliminares fácil será comprender á nuestros lectores el placer que espermentaba el monaguillo en hacerse desear cuando era portador de alguna carta cuyo recibo se esperaba con impaciencia. La mortificación del que la aguardaba era su venganza. Esta sería completa cuando poseyese él solo un secreto que pudiera interesar á cualquiera de los que llevamos indicados.

El vaso de vino que Rosa le había ofrecido, y el monago aceptado según su costumbre, lo apuró éste de un solo trago, circunstancia que apenas notada por Bertholón, le hizo decir: —Demonio de muchacho: no tienes malas tragaderas. ¿Es parroquiano tuyo, Rosa?

—Viene de vez en cuando, mi comandante; contestó la hostalera.

—Te felicito por ello. Pero has dicho que viene de vez en cuando, ¿de dónde viene?

—De Urdós, contestó Rosa.

—Urdós, Urdós... dijo Bertholón como queriendo recordar; ¿ese pueblo pertenece á Francia?

—Sí señor, contestó Damian.

—Debe ser una pequeña aldea.

—No es muy crecida.

—¿Qué diablos vienes á buscar á Bayona, buen mozo?

—Desempeño los encargos que me confían algunas personas del pueblo; contestó Damian con orgullo al verse en relaciones con todo un comandante.

—Hola, repuso Bertholón: no sabía yo que las aldeanas vascas necesitaban de un comisionado como tú para comprar sus ajuares: en mi tiempo venían ellas en persona y á pie descalzo.

—Es que las que á mí me envían no están acostumbradas á eso.

—Bah, dijo el comandante retorciéndose el bigote: serán algunas princesas sin duda.

—Yo no sé si son princesas ó no; pero se que nunca han andado descalzas.

—¿Y dices que viven en Urdós?

—Sí señor, contestó Damian á quien no le sabía bien se le tuviese por recadero de personas de poco mas ó menos.

—Estos vascos son orgullosos, y ya se conceptúan ricos con poseer dos vacas y una fanega de tierra de sembradura.

Damian no contestó; pero miró con tal descaro á Bertho-

lón é hizo una mueca tan significativa, que el comandante soltó una carcajada.

—Vaya por el chicuelo, dijo riéndose; ¿parece que te he ofendido?

—¿A mí? dijo Damian, no por cierto: y se encogió de hombros.

—Me parece, querido, dijo el comandante, que así como nuestro emperador dice á algunos de nosotros «eres de la madera de que se hacen los mariscales» bien puedo yo decirte que «eres del material de que se fabrican nuestros tambores.» Vaya, Rosa, da en mi nombre á este rapaz otro vaso de vino.

—Muchas gracias, contestó el monago.

—¿No lo aceptas?

—No: he bebido bastante.

—Oiga: ¿con que me desairas? preguntó el comandante mirándole con marcada intención.

—Vamos, Damian, repuso Rosa; no desagrades al señor Bertholón. Y al mismo tiempo presentó al monago un vaso que despedía un perfume de canela tentador en alto grado.

—Ya que os empeñáis... contestó el rapaz tomándolo.

—Bebe, hijo mío, bebe.

Iba Damian á vaciar el contenido del vaso, cuando deteniéndose su brazo el comandante, le dijo:

—Escucha antes, buen amigo: tú eres joven, fuerte y audaz: con estas cualidades se puede andar mucho camino en el mundo en estos tiempos. ¿No sería mejor para ti, colgar el palo y las alforjas y sentar plaza de soldado?

—Ya lo creo, contestó el muchacho, en quien se despertaron los instintos guerreros.

—¿Lo deseas de veras?

—Con toda mi alma.

—En ese caso, bebe y luego hablaremos.

Damian no esperó á que se lo dijeran dos veces: apuró el vino perfumado, lamióse los labios con marcada complacencia, cruzó una pierna sobre otra y quedóse mirando á Bertholón.

—¿Eres aficionado á la música? le preguntó éste.

—Muchísimo.

—De modo que si te proporcionase una plaza en la banda de mi batallón...

—La aceptaría; pero...

—¿Qué? repuso el comandante viendo que el monago no proseguía.

—No sé tañer ningún instrumento, aunque los domingos canto en el coro la misa mayor.

—¡Hola! ¿con que eres monaguillo además?

—Lo soy desde mi niñez.

—Pues entre el palo y las alforjas, cuelga también el sobrepelliz, y no te apures por no saber tocar ningún instrumento: eso lo aprenderás muy pronto: el jefe de música es un excelente maestro.

—Que me calentará las orejas á menudo.

—¡Bah! dijo riéndose Bertholón: con tal que estudies...

—Pero es el caso que á mí no me gusta el estudio.

—Entonces, pobre de ti, Damian, repuso Rosa, que aunque ocupada en las labores culinarias, no por eso dejaba de tomar parte en la conversacion.

—Sois una bachillera incorregible, dijo Bertholón.

—Renuncio á la música; añadió el monago.

—Convenidos: pero aun hay otras cosas en la milicia que pudieran ser de tu gusto. Por ejemplo: yo necesito un criado que cuide de mis ropas y equipages: ¿quieres entrar á mi servicio?

—Pero tendré uniforme y armas?

—Ya se ve que sí.

—¿Y estaré bien mantenido?

—Como un príncipe, amiguito: viajarás á caballo; verás tierras extrañas y muchos te envidiarán.

—Por supuesto que eso de estudiar...

—Ya veo que los libros son tu pesadilla: en mi equipage no hay ninguno.

—Con que es decir, replicó Damian reasumiendo, que tendré armas y uniforme; estaré bien mantenido; viajaré á caballo y no habrá libros ni cosa que se lo parezca.

—Exactamente.

—En ese caso acepto.

—Pues desde mañana quedas filiado en mi servidumbre y te entregaré las llaves de mis baules.

—¿Desde mañana? Eso es imposible.

—¿Por qué amiguito?

—Porque he de volver á Urdós á dar cuenta de los encargos que se me han hecho.

—Nada mas justo: pero aunque mañana te ocupes en esos negocios, podrás estar de vuelta...

—De aquí á ocho días, interrumpió Damian al observar que Rosa le hacía señas con la cabeza.

—Mucho tardar es.

—Tengo que arreglar algunos negocios y me será imposible despacharlos antes.

—Sea así: te esperaré en esta misma posada; y si por acaso estuviese en marcha para algun punto, Rosa te dirá donde me has de encontrar.

—Se nos olvidaba lo mejor.

—¿Qué es ello?

—El salario que he de ganar á vuestro servicio.

—¡Hola! exclamó el comandante.

—Claro es; yo no os he de servir por la comida y el vestido solamente.

—Tu salario será el que reciben los demas soldados, diez francos al mes: ¿te conviene?

Damian miró al techo, contó dos veces los dedos de las manos, rascóse la cabeza y dando al fin una palmada, contestó.

—Me conviene.

—Con que de aquí á ocho días...

—Estaré aquí sin falta.

—Muy bien: dadle otro vaso de vino, Rosa, para que brinde á la salud de su nuevo amo.

La hostalera presentó á Damian lo que Bertholón pedía y el mancebo lo levantó en alto gritando:

—A la salud del comandante Bertholón.

—¡Hé! Alto ahí: tienes otro amo antes que yo. Grita, á la salud del emperador Napoleon.

—Eso no, voto al diablo, replicó el monago.

—¿Cómo no? dijo el comandante frunciendo el entrecejo.

—Cuando me haya vestido el uniforme, gritaré á todas horas, ¡viva el Emperador! hasta entonces, permitid que no brinde sino á vuestra salud.

—Tiene razon, pardiez; exclamó Bertholón riéndose: ¿sabéis, Rosa, que el rapaz promete?

—Ya lo creo, contestó esta.

—Bebo ó no bebo, preguntó el monago.

—Anda con dos mil bombas: tiempo te queda para brindar por Napoleon.

Damian apuró el tercer vaso de vino sin que pareciese sufrir alteracion su cerebro, lo cual no dejó de admirar al honrado comandante, que de la firmeza de cascos de su futuro criado dedujo consecuencias muy ventajosas para entrambos. Levantándose luego y haciendo que Damian le alumbrase, fué á meterse en el lecho, muy contento con la adquisicion que acababa de hacer.

Cuando el rapaz volvió á bajar á la cocina, acercóse á la hostalera, que dormitaba soñando en su hermoso huesped, y tocándola en el hombro la dijo:

—Mi buena Rosa: ¿qué queriais darme á entender con vuestras muecas?

—¡Ay hijo mío! Si supieras quien es el amo que te espera! contestó restregando los ojos.

—¿Quién es? Ya lo sé: un comandante.

—No lo niego: pero mira: yo te quiero un poco; basta que seas conocido y amigo del hermoso Felix, y por eso no puedo ver con indiferencia el que caigas en las redes del comandante Bertholón.

—¿Con qué he caído en las redes?...

—Si hijo mío: ese hombre ha sido un picaro: tiene un genio endiablado, y el día que se le antoje, te molerá á palos.

—¿De veras? preguntó Damian sonriéndose con intención.

—Tan cierto es, que antes de dos meses me lo vendrás á contar.

—Yo procuraré que no me aplique esos castigos.

—¿Pero cómo? Tú tan joven...

—¿Cómo? Cumpliendo con mi deber.

—Con que estás decidido.

—Yo no tengo mas que una palabra, y esa la cumplo siempre á pesar de todo el mundo. Además, mi inclinacion me llama á la carrera militar, y me parece que no es mal comienzo el entrar al servicio de todo un comandante que me mantiene, me viste, me dá diez francos al mes y me proporciona ocasion de llegar á ser lo que él es.

—Sea así, puesto que te conviene. ¿Pero no piensas comunicar á Felix tu nueva colocacion?

—¿Por qué motivo? ¿Acaso dependo de él? dijo Damian irguiendo la cabeza con ademán soberbio.

—No; pero yo creia que como érais compatriotas y amigos...

—Compatriotas sí; amigos... no lo sé. Voime á acostar, Rosa pues mañana tengo que madrugar. Dadme una luz, y buenas noches.

—Demonio de muchacho, murmuró la buena hostalera cuando vió desaparecer de la cocina á nuestro monago, que subió á su aposento silbando una marcha guerrera y procurando dar á su persona todo el aire marcial de un veterano.

—¡Demonio de muchacho! sino lo matan, llegará á ser comandante como lo dice: prosiguió Rosa, murmurando.

CAPITULO IX.

LA CONFESION AL PIE DE LA CRUZ.

Hemos dejado á Inés en casa de Mad. de Bréssens. No tardó ésta en observar las buenas dotes de que la joven se hallaba adornada, y cada día estaba mas satisfecha y contenta de tenerla en su compañía. Pudo notar, sin embargo, que Inés no parecia apetecer aquel género de vida, pues se la veia triste casi siempre; llorosa muchas veces; alegre, nunca. Carolina procuró indagar la causa de aquella tristeza; pero jamás pudo obtener respuesta satisfactoria. Unas veces era el recuerdo de su pobre madre, la que causaba su melancolia; otras, el no poderse acostumbrar á estar separada de su padre. Pero éste venia á verla todos los domingos, y no por eso se disipaba aquella tristeza que empezaba á socavar su salud.

Hacia algun tiempo que tampoco se escapaba á la observacion de Gaspar la mudanza que notaba en su hija adoptiva; pero el buen montañés se limitaba á preguntarla si se hallaba contenta con Madama, á lo cual contestaba Inés invariablemente:

—La señora me quiere mucho, se interesa por mí y no tengo motivo de queja contra ella.

Satisfecho con esta contestacion, se despedía de su hija, y tornaba á su caserío diciéndole:

—El domingo que viene la encontraré mas alegre.

Pero aquel domingo nunca llegaba: es decir, que la tristeza de Inés lejos de disminuir, iba en aumento. Lo cual preocupó de tal modo al montañés, que se propuso tener con ella una explicacion en la próxima visita. Esta se verificó el día inmediato en que Damian se decidía á abandonar su carrera eclesiástica por la militar.

Encaminábase Gaspar á casa de Mad. Bréssens, á eso de las diez de la mañana, y al llegar cerca de la cruz de Izpegui se sorprendió al encontrar á Inés arrodillada ante aquel signo de nuestra redencion. Tan absorta se hallaba en su oracion, que no vió á su padre adoptivo, que en pie junto á ella la estaba contemplando en silencio rato hacia.

El sol de invierno esparcía sus rayos templados sobre la montaña: una feble brisa mecía los tallos de helechos secos, cuyo color pardusco formaba un extraño contraste con la nieve congelada en algunas hondonadas del terreno. Inés llevaba puesto su modesto zagalejo encarnado, y una esclavina negra cubria sus hombros: la cabeza y el rostro, se cobijaban bajo la capucha unida á la esclavina. En este trage y en su inmovilidad, pareciase á una de aquellas santas mugeres que algunos pintores flamencos colocan en sus cuadros de la crucifixion del Salvador.

Al fin se santiguó la joven, se puso en pie y dirigió la vista hácia el caserío en que habia vivido. Entonces llamó su atencion una sombra que se proyectaba junto á la suya y volviendo la cabeza vió á Gaspar.

—¡Padre mío! gritó corriendo á abrazarlo.

—¡Inés! ¡mi buena Inés! ¿Cómo así tú tan sola en este sitio retirado?

—He venido á rezar por el descanso del alma de mi madre.
—¿Y para decirme eso ocultas tu rostro en mi seno? Vamos, levanta la cabeza; veamos esos lindos ojos, y déjame que te bese en las mejillas.

La joven alzó el rostro y miró á Gaspar, procurando sonreírse.

—¿Qué ojos son estos? preguntó el montañés al verla: no son por cierto los de mi querida hija: los veo encendidos, mojados los párpados, prosiguió tocándoselos con los dedos, y por Dios vivo, añadió al besarla, que tampoco tus mejillas están enjutas.

—Es verdad, padre mio: he llorado contestó Inés bajando la vista.

—Has llorado; bien lo veo. Pero, ¿por qué, ó por quien?

—Por mi pobre madre.

El montañés colocó sus manos encallecidas en los hombros de su hija adoptiva; fijó su penetrante mirada en los ojos de la joven y después de estarla mirando largo rato, la dijo con angustia.

—Hija mia, tú me engañas.

El semblante de Inés se cubrió de un vivísimo color; palideció en seguida y nada contestó.

—La mirada de un padre, prosiguió Gaspar con gravedad, se asemeja mucho á la mirada de Dios: como ésta, penetra también aquella hasta el fondo del corazón de sus hijos. Yo he leído en el tuyo, y veo, Inés, que tus labios no me dicen la verdad.

—Padre mio; padre mio! murmuró la joven sollozando.

—¿Qué has notado en tu padre, di, para no confiarle tus penas? ¿Has visto acaso que mi cariño se haya disminuido?

—O no me crees digno de tu confianza?

Y el anciano al hacer estas preguntas apretaba las manos de su interlocutora, y sus ojos empezaban á humedecerse.

—No, padre mio: vos siempre seguís siendo bueno para mí, contestó Inés al fin: siempre me amáis como me habeis amado, y lejos de creeros indigno de mi confianza, yo soy por el contrario quien se juzga indigna de vuestro cariño.

—¡Oh! exclamó Gaspar palideciendo. ¿Qué es lo que sucede? Pronto, pronto, Inés.

—Me cuesta mucho trabajo el decirlo.

—Vamos, hija mia, repuso el montañés separando la capucha del rostro de la joven y acariciando su cabeza. Vamos, mi querida Inés. Ven, sentémonos junto á la cruz; sobre el cespéd bajo el cual reposa tu madre: ella escuchará como yo tus cuñitas, y como yo procurará aliviarlas. Acuerdate que cuando viniste conmigo á Urdós, te dije al pasar por este mismo sitio: «cuando cruce por tu imaginación un mal pensamiento póstrate sobre el sepulcro de tu madre, y ruega á Dios te libre de aquel».

—Y por eso he venido, padre mio.

—¿Luego estás afligida?

—Mucho, mucho: he pensado morir: dijo tristemente la doncella.

—¡Gran Dios! ¿qué has dicho, hija mia? ¿Morir tú? ¡Oh! No has pensado tal cosa: replicó el montañés con la mayor inquietud.

—Sí, padre mio: lo he pensado.

—¿Y no te has acordado de mí, cuando se ha presentado á tu imaginación tan terrible idea? ¿No has pensado en mí, Inés? O crees por ventura que muerta tú podría yo sobrevivirte... ¡Cuán ingrata, cuán cruel eres para conmigo!

—Perdon, perdon, exclamó Inés arrojándose y besando las manos de Gaspar. ¡Soy tan desgraciada!

Una súbita y horrible idea cruzó por la mente del montañés: miró con atención intensa á la que aun seguía postrada á sus pies: la hizo levantarse, y tomándola de la mano, se la llevó lentamente hasta el pequeño montículo, sobre el cual estaba plantada la cruz; allí la hizo sentarse verificándolo él á su lado.

—Hija mia: la dijo después de un momento de silencio. ¿Has oído alguna vez la historia de la Magdalena?

—No, padre mio.

—Pues escucha: una sola vez se la oí al cura de Errazu, y se me quedó muy impresa. Esta Magdalena fué una grande pecadora; echóse á los pies de Jesucristo como tú lo has verificado á los míos: gritó, *perdon, perdon*, como tú has exclamado hace un instante, y Jesucristo la perdonó. Aquel Divino Señor que conocía los pecados de la muger arrojada y veía su arrepentimiento, la alzó del suelo, la dió la bendición: y la muger, purificada con la palabra del hijo del Dios, vivió en adelante como una santa, y santificada murió.

Inés escuchaba al anciano con singular atención: los rayos del sol daban de lleno sobre los blancos y flotantes cabellos del montañés, y las tintas rojas del astro del día prestaban á su noble semblante algo de sobrenatural: el reflejo de los rayos sobre su brillante cabellera, formaba una aureola semejante á la que rodeaba la cabeza de Moisés, cuando explicaba la antigua ley al pueblo israelita reunido en el desierto. Fascinada Inés por las graves palabras, el ademán magestuoso, y aquel brillo fantástico, simple efecto de óptica, miraba á su padre adoptivo con religioso respeto.

—Tú, hija mia, prosiguió Gaspar, eres quizá una nueva Magdalena pecadora...

—¿Yo, padre mio? preguntó Inés con sobresalto: luego bajando los ojos, echó á llorar.

—Vamos, Inés, valor: añadió el anciano: al hijo de Dios en su inmensa sabiduría, no se le ocultaban los pecados de Magdalena: yo, pobre mortal, ignoro los tuyos.

—¡Padre, padre! exclamó Inés con angustia y empezando á comprender, yo no he pecado.

—¡Bendigite Dios! replicó Gaspar aliviado su corazón de un gran peso y besándola cariñosamente. Bien lo pensaba yo: pero entonces, ¿cuál es la causa de tu pena? ¿por qué has querido morir?

—Porque amo, padre mio: dijo ruborizándose. Porque amo, y me han vendido.

—¿Te han vendido? preguntó el anciano asombrado.

—Sí, padre, sí: me han vendido.

En ese caso no es digno de tu amor, el infame que así se ha burlado de tu sencillez.

—¡Oh! No digais eso: me ha abandonado por otra muger que vale mas que yo.

—¿Mas que tú? dijo Gaspar soltando una carcajada estraña. ¿Mas que tú? ¿Acaso hay en el mundo una muger que te se pueda comparar? Vamos, vamos; te digo que ese hombre ó es un infame, ó está loco. Dime su nombre.

—Vos lo conoceis.

—¿Yo?

—Sí, padre mio.

—¿Quién es?

—Felix.

—¿El cazador?

—El mismo.

—¿El hijo de Matías, del honrado Matías de Iribarren? ¿el hijo de mi mejor amigo?

—Sí: contestó Inés en voz baja.

—¿Es á él á quien tú amas?

—Por mi desgracia.

—¿Y estás segura de que te ha abandonado por otra? ¿Estás segura de ello? ¿tienes pruebas?

—No, padre mio: pero todas las apariencias lo condenan; y aunque mi corazón se resiste á creerlo, yo estoy persuadida de que es fundado mi temor.

—El corazón cuando es noble como el tuyo, Inés, no engaña nunca. Debiste escuchar á su voz, y no dejarte arrebatar por la imaginación. Veamos ahora en qué fundas tus sospechas.

—Yo sé que habita en estas inmediaciones una señora joven, rica y hermosa, que se toma un vivo interés por él. Sé que con mano pródiga acude á socorrer las necesidades de Felix y su madre: sé también que Felix está consagrado á velar por ella: Felix es hermoso, padre mio: Felix es bueno: y ella le ama: esto me lo dice el corazón.

El anciano permaneció pensativo por un momento, y luego la preguntó:

—¿Quién te ha informado de todo eso?

—Felix.

—¿Y te ha dicho también que ella le amaba?

—¡Oh! no: eso no.

—¿Y el nombre de esa muger?

—Tampoco me lo ha querido decir nunca.

—¿Y la causa por que socorre á madre é hijo?

—Parece ser que Matías la salvó de un gran peligro.

El anciano volvió á reflexionar largo rato.

—¿Y no sabes de qué peligro la salvó?

—Ni el mismo Felix lo sabe tampoco.

—¿Ni aun siquiera la fecha?

—Tampoco.

—Bien está. Prosigue, hija mia.

—La última vez que lo vi, fué la víspera de nuestra llegada á Urdós.

—Ya va para dos meses.

—Desde entonces ha desaparecido y nada sé de él.

—Prosigue, prosigue.

—Nada mas, padre.

—¿Y tú le amas mucho, Inés?

—¡Oh! mucho: contestó esta con una entonación de voz que enterneció al anciano.

—¿Pero él te dijo alguna vez que te amaba?

—Me lo ha jurado muchas veces al pie de esta cruz.

—Si Felix ha jurado amarte, Felix lo cumplirá hija mia: conozco á su santa madre, como conocí á su padre; y el hijo de personas tan buenas, no puede ser perjurio.

—¡Oh! ¡cómo alivian mi corazón vuestras palabras, padre mio!

—Lo que importa por ahora es saber donde se encuentra y la causa de su ausencia. Si no temiese ofenderlo en procurar descubrir un secreto que él no cree conveniente revelar, daría pasos por saber quien es esa muger joven, rica y hermosa que lo protege; pero es un secreto y debemos respetarlo. Voy, pues, á ocuparme en descubrir su paradero. En el interin, hija mia, ten valor y confianza en Dios que nunca abandona á sus criaturas.

—Así lo haré padre mio: pero ¿estais seguro de que Felix me ama?

—Lo que te puedo asegurar, porque le conozco bien, es que Felix no miente.

—Gracias, padre mio.

—Y mucho mas acertado hubiera sido que me hubieseis confiado vuestros amores: este es el castigo de vuestra reserva.

—Os los ibamos á confiar el mismo día de su desaparición: y como temíamos que desaprobais nuestro afecto...

—Entonces no debias amarlo: pero en fin; yo apruebo vuestro mutuo cariño, siempre que alguna circunstancia, algun acontecimiento imprevisto no te prive de mi autoridad paternal para pasar á la de otra mas legitima.

—¡Oh! si no ha de ser tan indulgente y buena como la vuestra, padre mio, no lo permita Dios.

—Bien, bien: allá lo veremos. Adios, hija mia: bésame; así: recibe ahora mi bendición y la de tu madre, y roguemos por el descanso eterno de su alma.

El anciano é Inés se arrodillaron al pie de la cruz: Gaspar se despidió de su hija adoptiva prometiéndola noticias prontas y felices, é Inés lo vió encaminarse, no hacia su caserío, sino en dirección opuesta.

(Se continuará.)

En extremo útil nos parece la medida que se ha tomado en Austria de establecer en todos los cuarteles de tropas, un gran número de baños para que aun en invierno pueda el soldado aprovechar este provechoso medio de conservación de salud. También el ejército ruso cuenta con esta clase de establecimientos, habiendo entre ellos hasta de lluvia y de chorro, y no solamente en los cuarteles, sino también en los grandes cuerpos de guardia, puntos de destacamento fijo y en los campamentos de instrucción.

De estrañar es á la verdad, como nada de esto se halla aun en un país como la Inglaterra, que tanto se esmera en fomentar la higiene pública, mayormente cuando el soldado puede ser considerado como un conducto muy eficaz para transmitir á las grandes masas del pueblo los buenos hábitos y costumbres.

Muy mal lleva á lo que parece la oficialidad inglesa la reciente disposición dada por el gobierno, para que todos los individuos pertenecientes á aquella clase se sugeten á un riguroso exámen antes de obtener cualquier ascenso. Prueba de ello nos presenta una sentida carta que un antiguo subal-

terno dirige á la *Naval and Military Gazette*, suplicando á la redacción interponga todo su influjo periodístico para que los oficiales de cierta antigüedad no tengan que beber tan amargo cáliz. Treinta años de edad tengo ya, dice este atribulado oficial, y nueve de ellos soy ya alférez, ocupado con guardias, destacamentos, ejercicios patrullas, etc., etc., y ahora debo empezar á estudiar nada menos que álgebra. Gran Dios, ¿qué tengo yo que hacer con el álgebra? Nueve meses hace que estudio como un desesperado pero nada adelanto. Si el ministro de la Guerra se empeña en llevar adelante esta determinación, entiéndase para con los oficiales que de hoy en adelante van á ingresar en el ejército, y perdónesenos á los que llevamos ya diez años de oficial. Digo francamente, prefiero arrojarme sobre una batería de 40 cañones en lugar de acometer el álgebra. En aquella embestida hay alguna esperanza de salir bien, pero en esto de álgebra, ¡nunca!

La redacción del mencionado periódico, consuela al desesperado oficial todo lo mejor posible, pero no puede prescindir en recordarle que ya pasó aquel tiempo en que se decía: «Bienaventurados los pobres de espíritu.»

La suscripción para erigir un monumento al conde de Radetzky, habia producido ya en las tres primeras semanas de su publicación hasta 20,333 florines (un florin unos 8 rs. vn.) Entre los suscritores se hallan en primer término, el emperador de Rusia, rey de Prusia, el de Sajonia, Nuremberg, Baviera, Hannover, los Grandes duques de Módena y el de Nasau, los archiduques Carlos y Luis, y el Gran príncipe de Rusia Constantino.

En octubre del año próximo pasado ha sido descubierto en Berlin un notable engaño. Es el caso que en 1848 aseguró un tal Thomazschck, de oficio sastre, la vida de su hermano Francisco con 40,000 duros en las oficinas de la sociedad respectiva. Poco después sobrevino al asegurado con todos los síntomas de gravedad una enfermedad, y enterrado poco después tuvo la sociedad de seguros que librar la indicada suma. No pasaron, empero muchas semanas cuando la policía recibió un aviso que no hubo semejante defunción y que el Thomazschck se habia retirado á su pueblo nativo en Bohemia, á lo que la autoridad competente mando se abriera la sepultura en presencia de un sacerdote, un escribano y testigos resultando que la caja estaba vacía. El hermano del presunto difunto, que todavía seguia muy tranquilo en Berlin fué puesto en prision, asimismo el médico que habia espedido el certificado del fallecimiento, como cómplice en esta supercheria y fraude.

El célebre tenor francés Roger en su viaje artístico por Alemania habia escrito una carta á uno de sus amigos en Francia, quien cometió la ligereza é indiscreción de dirigirla para su inserción á la *Revue et Gazette musicale*, y al leer la tal carta, dispiertase la indignación hasta el punto que casi no halla uno términos para calificar la infamia del que la ha escrito ó la torpeza y perversa intención de él, que la dió publicidad. La carta traducida ya al alemán ha circulado por todos los periódicos de Alemania y despertado la mas íntima indignación el modo y manera como aquel extranjero ha sabido apreciar la extraordinaria deferencia con que se le ha tratado, el ver como un artista se ha burlado del público alemán por su indulgencia, la poquísima vergüenza con que se espresa respecto á los artistas que se presentaron con él en la escena.

Hemos querido consignar este hecho para que nuestros lectores vean, que nosotros los españoles no somos los únicos á quienes les cabe la suerte de ser escarnecidos por nuestros amables vecinos del otro lado de los Pirineos con gratuitas aseveraciones y ridículas patrañas como por ejemplo, aquellas con que cree haber engalanado sus escritos relativos á España el celeberrimo Teófilo Gauthier y otros, después que se les habia colmado de atenciones donde quiera que hayan dirigido sus pasos por nuestra Península, y cometido en seguida que habian regresado á su patria, la perfidia de hollar desapiadadamente nuestros proverbiales sentimientos de hospitalidad y deferencia con los extranjeros en general.

La importación de metálico efectivo y generos en el puerto de Nueva-York, ascendió en los nueve meses primeros del año de 1854 á 140.792,506 dollars (1 Dol.=20 rs. vn. con 20 mrs.) contribuyendo á esta suma el mes de enero solo con la cantidad de 13.468,470 dollars. La esportación en aquel mismo espacio de tiempo, importó unos 66.207,353 dollars, figurando en esta suma la cuota de 207,363 dollars en oro y plata. Rebajando pues esta cantidad, ha subido la importación á unos 75.874,259 mas que la esportación.

Muy agradablemente sorprendidos han quedado los príncipes rusos Miguel y Nicolas con las prácticas de tiro al blanco ejecutadas á su última estancia en la corte de Prusia. Y ¿quién no se admira con ver un 95 por 100 de tiros certeros? En esta ocasión ocurrió el siguiente caso: Un oficial superior ruso, que venia en la comitiva de los príncipes de esta nación para ver si sus ojos le engañaban ó no, púsose muy cerca del blanco, y como se detuviera después de cada tiro mas de lo regular junto al blanco le recomvinieron varios de sus compañeros, concitándole á que se retirara.

¡Dejadle! ¡dejadle! exclamó un oficial prusiano que se hallaba á inmediación de aquellos, seria hacer una ofensa á nuestros tiradores si por esto habian de suspender sus tiros; y dicho esto vino á herir una bala el blanco. Usábase en estas prácticas el nuevo fusil conocido bajo el nombre de fusil de aguja fulminante.

MELLADO.

Establecimiento tipográfico calle de Santa Teresa, numero 8.

Los días de la semana.

LUNES.—(Día de la luna.—*Lunæ dies.*)MARTES.—(Día de Marte —*Martis dies.*)MIÉRCOLES.—(Día de Mercurio.—*Mercurii dies.*)JUEVES.—(Día de Jupiter.—*Jovis dies.*)VIERNES.—(Día de Venus.—*Veneris dies.*)SABADO.—(Día de Saturno.—*Dies Sabbati.*)

DOMINGO.—(Días Dominica.)